V Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

LA SAL (CLORURO SÓDICO)

Padre Pedrojosé Ynaraja

La sentencia del Señor que ocupa casi todo el fragmento evangélico de la misa de hoy , mis queridos jóvenes lectores, me preocupaba desde pequeño. No podía imaginar que la sal pudiera dejar de tener gusto a sal. Siendo ya mayor, todavía me resultaba más difícil. Mis elementales estudios de química del bachillerato, me enseñaban que solo un acido más fuerte que el clorhídrico, podía romper el enlace entre sodio y cloro y modificar el sabor y, en tiempos de Jesús, ni el sulfúrico, ni el nítrico, ni el fluorhídrico, existían.

Supe después por otras fuentes, que la sal el pueblo bíblico la obtenía del Mar Muerto. Más intríngulis tenía la cosa, ya que si bien los apóstoles eran pescadores y venderían lo capturado fresco, a muy poca distancia, en Mágadala, allí donde había nacido María, la predilecta colaboradora del Maestro y futura apóstol de los apóstoles, existía una potente industria de salazón de pescado y de tal prestigio, que hasta llegaban sus manufacturados a la ciudad de Roma.

Como podéis suponer, esta cuestión, enfocada así, ni en el seminario, ni a exégetas de categoría con los que he tratado, podía plantearles la cuestión. Para ellos hubiera sido frivolidad. Tal vez vosotros penséis de idéntica manera. Pues, si habéis llegado hasta aquí, deberéis aguantarme un poco más. Me solucionó el problema un prestigioso ingeniero especializado en salinas de mar. Llegada la edad de jubilación, el técnico quiso estudiar teología para potenciar su Fe y, para la clase de exégesis, escribió un trabajo que respondía a sus dos realidades, la de alumno estudiante y la de químico especializado. Pues, sí, me dijo, en aquel tiempo, ya eran expertos en la separación por niveles de cristalización, de las diferentes sales del Mar Muerto. Ahora bien, para el trasporte, compactaban la sal gorda en arcilla, resultando del proceso, una especie de briqueta de cerámica sin hornear. Seguramente sabréis que la sal es ávida de agua, que si dejáis abandonado un puñado sobre una mesa, al cabo de un tiempo, os encontraréis que queda un charquito y que, para colmo, ha atacado al barniz. Aquel puñado de sal ha perdido su utilidad. Algo semejante os habrá pasado, cuando al pretender usar un salero que desde hace tiempo no se ha usad, no sale ni un solo grano.

La sal, para muchos pueblos y culturas, es un preciado condimento, difícil de conseguir y caro. Los especialistas en nutrición dirán que es un vicio de países ricos. Situad vuestra realidad en este entorno, mis queridos jóvenes lectores. Nos dice el Maestro que somos sal. Personas ricas y selectas espiritualmente. Descuidarnos es estropearnos, degradarnos. Sentirnos responsables, considerar que estamos escogidos y destinados a aderezar y hacer apetecible nuestro entorno, es nuestra vocación. Para la feliz realidad eterna, no es preciso tener estudios de lengua inglesa, ni llegar con una abultada cuenta corriente, ni se adorna el entorno con títulos académicos o diplomas. Se nos preguntará, nos preguntaremos, por la

utilidad, el servicio, el enriquecimiento, que hemos sembrado en nuestro entorno histórico. Vivir y comportarse con justicia y coherencia, vale más que haber viajado por todo el mundo, conocer la inmensa literatura que se escribe o haber gozado de erudita belleza estética.

¡Pobre de mí si no he sabido ser sal!

Para la inmensa mayoría de los humanos la luz nos es esencial para vivir y enriquece poseer fuentes de luz y nos llena de gozo. Una linterna guardada en el bolsillo tal vez será causa de que nuestro compañero tropiece y caiga. El farol es para alumbrase y alumbrar a los demás. No utilizarlo es usura, nos culpabiliza. La Fe que nos haya proporcionado el Señor y nuestro esfuerzo, debe estar al servicio de los que de ella carecen. No seáis perezosos y os avergoncéis de ofrecer vuestra afortunada espiritual dádiva.

No hay que exhibir, ni presumir de generosidad. Tampoco ocultarla. En ciertos momentos, es preciso que se enteren de lo que motiva nuestro buen comportamiento. Quizá así los demás nos envidiarán y se iniciarán en el camino del progreso espiritual. La I Epístola de Pedro lo recuerda "dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza (3,15). Entendido desde la humildad que sabe que "todo es gracia", una tal conducta, no es orgullo ni hedonismo espiritual. Nunca lo olvidéis, mis queridos jóvenes lectores, ni por pretendida modestia ocultéis vuestra generosidad. Que sepan que en nuestra sociedad, en el ambiente que nos rodea y hasta nos ahoga a veces, no todo es corrupción, egoísmo o ambición.